

hace desaparecer á los malvados. Mr. de Celler vuelve á su casa en compañía de su libertador, y manda llamar á su hija para prevenirla, que desde allí adelante mire en Saint-Ernest á su esposo.

Celia fue á la boda de su amiga, y allí vió á Saint-Ernest: bailó con él, y ambos conocieron desde luego que uno no podia ser feliz sin el otro. Los dos estaban tímidos, turbados y sin saber qué hablar: se miraban, se sonrojaban y bajaban la vista: el temor hacia palpitar sus corazones. En fin, Celia, si no la mas atrevida, al menos la mas discreta, empezó la conversacion hablando de la música. — Señorita, ¿es usted filarmónica? le preguntó Saint-Ernest. —

Soi aficionada á la música, le contestó. — ¿Toca usted algun instrumento? — Sí, el harpa. — ¿Canta usted? — Sí, aunque mal. — ¿Me será lícito ofrecer á usted un romance nuevo que apenas conocen pocas personas? — Mui bien. — Segun eso tendré el honor de traerlo mañana á su amiga M.<sup>ma</sup> Florange. — Bien pensado, porque pasado mañana por la tarde tengo que venir á visitarla. — En tal caso podria, si usted me lo permite, aprovechar esta ocasion para ofrecer á usted misma el romance. — Si usted gusta, no hai inconveniente. — ¿Y puede usted dudarle? exclamó Saint-Ernest, lanzando un profundo suspiro que penetró en el corazón de la jóven Celia.

El baile concluyó mas pronto de lo que los dos jóvenes amantes hubieran querido. Aunque ellos no se habian dicho todavía que se amaban, sus corazones estaban ya de acuerdo.

Se deja presumir, que Saint-Ernest no se olvidaria de cumplir con exactitud su promesa en el dia concertado. Celia estaba ya en casa de su amiga cuando llegó Saint-Ernest, quien despues de aquellos cumplidos ordinarios le entregó el romance. ¿Qué es lo que te da Saint-Ernest? preguntó M.<sup>ma</sup> Florange. — Un romance, contestó ella. — ¿Le ha compuesto usted? dijo M.<sup>ma</sup> Florange. — No señora, respondió Saint-Ernest; pero es nuevo, y en mi concepto bonito. — Pues bien,

cántelo usted, que Celia le acompañará. Saint-Ernest puso el harpa en manos de Celia, y de buena ó mala gana tuvo que cantar el romance.

Concluido que fue, M.<sup>ma</sup> Florange le prodigó mil elogios; y viendo que Celia callaba, ¿no te ha gustado? la preguntó. — Sí, dijo Celia con una voz tan débil que apenas se percibia.

Saint-Ernest vió despues de esta muchas veces á su querida Celia á quien adoraba en silencio, no dándola á entender su pasion sino con los mas espresivos obsequios.

Hemos dejado á Saint-Ernest trabajando en su oficina mientras llegaba la hora de concluir sus tareas: llega finalmente; y cada ofi-

cinista coge su sombrero, y su baston ó paragua. Uno vuelve con paso acelerado á ver á su esposa y á sus hijos queridos : otro va á casa de un fondista á comer la escasa racion que le cuesta veinte sueldos : otro sube al coche de una Condesa vieja, caduca, que anda buscando jóvenes buenos mozos, cuya educacion quiere tomar á su cargo, y á quienes da alojamiento y vestido : otro....; pero no nos separemos de nuestro propósito.

Saint-Ernest salió de la oficina cuando sus compañeros, y se fue al Puente Real, donde Mr. Nicolas le esperaba paseándose. Al punto que vió á nuestro jóven, le tomó el brazo, y ambos se dirigieron hácia la casa del Ayuda de cámara.

Quizá, decia Saint-Ernest sin detenerse, entablaré amistad con el amo de Nicolas y me nombrará su mayordomo : conocerá mi probidad, me cobrará cariño y me adoptará por hijo. — ¿Qué vas hablando de hijos? dijo Nicolas. — Nada, contestó Saint-Ernest : hablaba solo. — ¿Vuelves otra vez á tus malditos delirios? Pero ya estamos en casa. — Entran con efecto en un suntuoso palacio, donde un criado que encontraron al paso, quitó el sombrero á Nicolas. Amigo Luis, le dijo este, manda que me suban la comida á mi habitacion. — Está bien, Mr. Nicolas, contestó el criado. — Parece que teneis criados que os sirven, dijo Saint-Ernest. — Sí, respondió Nicolas. Mientras

pasaba esta conversacion , subian por una escalera estrecha al tercer piso de la casa. — Nicolas abrió una puerta pequeña , y entraron en un cuarto bastante bonito , limpio y adornado de muebles sencillos á la par que elegantes. Saint-Ernest alabó á su nuevo amigo su habitacion. — Mira , replicó este: el Conde mi amo y yo nos educamos juntos, y jamas nos hemos separado; él nada hace sin mí; soi su ojo derecho , y por esto todos me adulan : yo pongo y quito á mi arbitrio , sin que jamas él me diga nada : no disfruto salario; pero mando en su bolsillo con tal libertad, que nada de cuanto hago se desaprueba nunca. — A fe mia , dijo Saint-Ernest , que sois feliz en te-

ner un amo tan bueno. — No tanto como piensas , replicó Nicolas: es algo terco , caprichoso y extravagante; pero tiene buen corazon, y esta cualidad oscurece sus defectos.

Sirvieron la comida , y nuestros héroes se sentaron á la mesa , en la que Saint-Ernest ponderó la habilidad del cocinero del Conde. Voi á hacerte una proposicion , le dijo Nicolas : tú vendrás todos los dias á comer conmigo , y de este modo pasaremos juntos las tardes. Yo conozco que la delicadeza no te permitirá hacer uso de mis ofertas. Unas cuentas que estan aun en borrador , puedes ponerlas en limpio ; tú las verás y nos conveniremos en lo que debo darte : ¿a-

ceptas el partido? — Sí, respondió Saint-Ernest, con mucho gusto. Este dió á su amigo las mas expresivas gracias por su estremada liberalidad, y como cosa ya hecha no trataron mas del asunto.

En las tardes siguientes continuaron el mismo método de vida. El trato frecuente hizo que Saint-Ernest conociese á fondo el carácter de su amigo, y que le apreciase cada vez con mayor estremo. La fisonomía alegre de Nicolas, su inalterable bondad, su rectitud y franqueza, que llegaba hasta el punto de no disfrazar nunca la verdad, por desagradable que fuese, y su vivo interes por el bien de aquellas personas á quienes se unia con los vínculos de la amis-

tad: son cualidades demasiado recomendables para que no hiciesen profunda impresion en los que le trataban con frecuencia.

Una mañana dijo Nicolas á Saint-Ernest, que no era posible se viesesen aquella tarde, porque tenia precision de ir al campo á evacuar ciertos asuntos, y que al dia siguiente iria á buscarle á su casa. Saint-Ernest fue á comer á la de M.<sup>ma</sup> Florange, y cuando de sobre mesa estaba hablando de su amistad con Nicolas, entró un criado á decir, que la señorita de Celler esperaba en la sala. ¡Cielos! ¡Celia! exclamó Saint-Ernest, levantándose. Salen todos á su encuentro. ¡Gran Dios! ¿qué tiene usted, Señorita? la dice al mirarla. En efecto, la

infeliz Celia estaba pálida , abati-  
da, con los ojos encarnados y hin-  
chados; y de tal manera desfigu-  
rada , que era casi imposible co-  
nocerla. — Querida mia , ¿ qué pe-  
sar te aflige? pregunta M.ma Flo-  
range. — ¡ Ai amiga! soi la mu-  
ger mas desgraciada , respondió  
Celia : voi á casarme. — ¿ Usted á  
casarse? gritó fuera de sí Saint-  
Ernest. — Sí , mi padre lo manda,  
y mañana se firmarán los contra-  
tos. — ¿ Y quién es el que te desti-  
nan para esposo? preguntó M.ma  
Florange. — El hijo del conde de  
Saint-Albe. — No sabia yo que ese  
caballero tenia hijos , dijo M.ma  
Florange. — Por mi desgracia tie-  
ne uno , contestó Celia , á quien  
mi padre ha ofrecido mi mano. —

Saint-Ernest , con la cabeza apo-  
yada en sus manos , procuraba so-  
focar los sollozos que le arranca-  
ba la consideracion de que todos  
sus castillos se habian disipado co-  
mo el humo. Florange y su mu-  
ger salieron un momento de la sa-  
la. ¿ Qué tiene usted? preguntó Ce-  
lia á Saint-Ernest. — ¡ Ah , Seño-  
rita! voi á perder á usted y á per-  
derla para siempre. — ¿ Cómo? —  
Ya no es posible callar por mas  
tiempo : adoro á usted. — ¿ Usted,  
Saint-Ernest? — Sí : desde el mo-  
mento que vi á usted por primera  
vez , mi imaginacion ha alimenta-  
do esperanzas quiméricas que ha-  
cian el encanto de mi vida , y no  
puedo renunciar á ellas sin sufrir  
la pena mas terrible. — Pues sepa

usted que no es el único desgraciado: yo voy á sacrificar mi felicidad á los preceptos de mi padre; pero viva usted seguro de que Celia no le olvidará nunca. — Saint-Ernest no pudo dar otra contestacion, que besar una y mil veces la mano de Celia, bañándola al mismo tiempo con sus lágrimas. La entrada de M.<sup>ma</sup> Florange puso fin á la conversacion, y Saint-Ernest se despidió para volverse á su casa.

Ni un solo momento pudo descansar en toda la noche. Su imaginacion, siempre ideando quimeras, le presagiaba las mas horrosas desgracias. El dia siguiente fue para él mas largo que los demas: su desesperacion llegó á su colmo, y nada podia distraerle de

sus pesares. Nicolas le habia prometido ir á esperarle á su casa á la hora de salir de la oficina, y con el anhelo de verle se dirigió con paso acelerado á su posada. La compañía de un amigo es un bálsamo para los desgraciados; porque el peso de la infelicidad se aligera hablando de la infelicidad misma; y aunque este alivio es realmente bien corto, ¡dichoso aquel que gusta los consuelos de la amistad!

Saint-Ernest halló en el lugar de la cita á Nicolas, que alegre y risueño le preguntó en el momento de verle: ¿qué tienes? tu color parece al de un cadáver. — ¡Ai, amigo mio! le dijo Saint-Ernest, no hai en el mundo un hombre mas

desgraciado que yo. — ¿Y qué? ¿te han quitado el destino? — ¡Ojalá que no fuese otro el motivo de mi pesar! Celia se casa. — Eso ya es cosa mas seria; ¿y con quién? — Con el hijo de un Conde, y hoy se firman los contratos matrimoniales. — Mucha prisa parece que tienen para casarse. — Esta desgracia, no lo dudeis, acabará con mi vida. — Nunca creí que pensases de ese modo, teniendo tanta facilidad para formar quimeras: este es un momento muy á propósito para construir castillos en el aire. — No es esta ocasion de chancarse: vuestras burlas me incomodan. — Vaya, vaya, no te alteres, escúchame: esta noche iremos al palco del Conde á ver la

ópera, y te distraerás; esto es hecho. Vístete y vamos. Saint-Ernest tuvo por último que vestirse, á pesar de su resistencia, y Nicolas hizo lo mismo por su parte.

Luego que Saint-Ernest estuvo como deseaba Nicolas, bajaron ambos á la calle, y se fueron en un coche de alquiler á la casa de este. Para que dejes ese aire sombrío, le dijo, voi á delirar como tú: esta noche vamos á la ópera; regularmente verás allí á tu querida, porque es moda entre los novios ir al teatro; por consiguiente, tienes los cuatro elementos á tu disposicion: quizá sucederá alguna cosa que... Pero ¿callas? no importa: tú me has pegado la mania de formar castillos en el aire,



y quiero soltar las riendas á mi imaginacion. Yo soi un gran personage disfrazado , te adopto por hijo , te llevo á mi casa sin que tú lo sospeches siquiera , donde ves reunidos á tus amigos , á tu Celia y á su padre , y te encuentras con que eres tú el que se casa con ella. En esto para el coche y bajan los dos amigos. Saint-Ernest quedó sumamente sorprendido , cuando al entrar en el patio vió muchas carrozas magníficas , y muchos criados con libreas de gala. Nicolas , que no queria darle tiempo á que reflexionase sobre lo que pasaba ante sus ojos , vamos pronto , le dijo ; el amo ha llegado y es preciso evitar que nos vea. En efecto , suben sin detenerse la estrecha escalera que

conduce al cuarto de Nicolas; pero este , al llegar al primer piso , abre una puerta , y Saint-Ernest se halla , sin saber cómo , en un soberbio salon , donde ve una reunion brillante. Apenas entra , un anciano le toma la mano y le presenta á una jóven , cuya fisionomia está afectada de la mas profunda tristeza : hija mia , la dice el anciano dirigiéndola la palabra , mira á tu esposo. La jóven levanta la vista : ¡Saint-Ernest!.... — ¡Celia!.... exclamaron ambos al mismo tiempo. El se precipita á los pies de la que adora , y le dice : yo nada comprendo de cuanto me está pasando ; pero veo á usted y soi dichoso. Saint-Ernest vuelve la vista y ve á su alrededor á Mr. de Celler y M.<sup>ma</sup> Florange y á otros muchos

amigos que le felicitan á porfía : él abrazó á todos, teniendo esta escena por uno de sus acostumbrados delirios.

Entonces Nicolas tomó la palabra, y dijo: querido amigo, á mí me toca explicarte.... Saint-Ernest no le dió tiempo para decir mas, se abalanzó á su cuello y le abrazó : tú me ahogas , de dijo Mr. de Saint-Albe, que este era el verdadero nombre de Nicolas. Voi á explicarte la conducta que he observado contigo, continuó : yo te encontré, como sabes, en las Tullerías; me agradó tu figura, y me pareció un hombre original. Como yo tambien lo soi, quise divertirme un poco á tu costa ; pero luego que me dijiste tu nombre , me acordé que tu padre me salvó la

vida ; y reflexioné , que no habiendo podido manifestarle mi agradecimiento, porque no volví á verle mas, debia en esta ocasion ser útil á su hijo. Yo no tengo hijos, y pensé desde luego adoptarte ; pero quise primero conocerte sin que pudieses sospechar mis proyectos; y para conseguirlo, di las órdenes necesarias á mis criados y tomé el nombre de Nicolas. Cuanto mas te he ido tratando , mas se ha aumentado mi amistad y mi estimacion, porque tu arreglada conducta y tu buen corazon no podian menos de agradarme. Supe todos tus secretos, y me aproveché de ellos : busqué á Mr. de Celler , le informé de mis designios, y obtuve su consentimiento. Yo espero ahora, hijos míos, que perdonareis

los malos ratos que habeis pasado por mi causa , y que me amareis en recompensa de haberos hecho dichosos. Saint-Ernest y Celia se arrojaron á sus brazos , llamándole su amigo y su padre. Este momento , dijo el Conde, es el mas feliz de mi vida. La boda se verificó al instante , con una ostentacion que no es fácil describir.

Una hermosa niña ha elevado á su colmo la felicidad de estos dos esposos. Saint-Ernest va aun algunas veces á las Tullerías á meditar en la dicha de que goza al presente ; pero dice , y no se equivoca, que estima en mas la realidad que todos los castillos en el aire que ha formado en el discurso de su vida.

FIN DEL TOMO VIII.



